

á los ojos de Carlos, que quiso disfrutar de tan horrible espectáculo.

Peró la sangre de las víctimas que Carlos había inmolidado á su venganza no tardó en ser vengada. Los sicilianos gemian baxo el peso de los impuestos con que los oprimian, y la dureza de los recaudadores se añadía á la comun miseria. Por otra parte las mugeres y doncellas de todos estados estaban continuamente expuestas á la insolencia de los oficiales y soldados franceses, vexacion mas violenta para una nacion en extremo zelosa, que la carga misma de los impuestos. En vano se quejaban, pues se desdeñaban de escucharlos, y todas las violencias quedaban impunes. Llegados al extremo y reducidos á la desesperacion, meditaban los medios de romper el yugo, y destruir á sus opresores. Los deseos de la venganza eran unos en todos los corazones. Rompió, pues, el dia despues de Pascua 30 de Marzo de 1282, al mismo tiempo que las campanas tocaban á los oficios de vísperas. Se arrojaron sobre todos los franceses, y los degollaron sin piedad. La ciudad de Palermo fué el primer teatro de esta horrible mortandad, y el furor se comunicó á las demas, en donde se cometieron las mismas crueldades; y esto es lo que se llama *las vísperas sicilianas*. Pretenden algunos que esta horrible conspiracion habia sido dispuesta de antemano, y concertada entre los próceres de la nacion, Pedro III. rey de Aragon, y el emperador griego Juan Paleologo; y que el secreto aunque habia sido preciso confiarlo á una infinidad de personas, se observó con una fidelidad sin exemplo. Otros dicen que una súbita conmocion del pueblo de Palermo, suscitada por los gritos de una muger ultrajada por un soldado, habia producido repentinamente este espantoso acaecimiento.

Miéntas estas escenas llenaban la Sicilia de sangre y mortandad, varias ciudades de Italia se hacian repúblicas á exemplo de Genova y Venecia. Veíase que estas dos famosas ciudades se habian hecho poderosas con el comercio y la independencía; querian participar de la estimacion que ellas se habian adquirido, y sacar la abundancia en los mismos manantiales; las circunstancias eran favorables á este proyecto. Las facciones de los güelfos y gibelinos despedazando el seno de la Italia, habian difundido el espíritu de independencía, y los cruzados por su trato

con los venecianos y genoveses, habian hecho conocer que las simples ciudades pueden igualarse á otras potencias por la industria, madre de las riquezas. Por tanto Bolognia, Pisa y Florencia sacudieron el yugo de los emperadores, durante las querellas que armaron á estos príncipes y á los papas unos contra otros. Se les trató al principio de rebeldes; pero viéndolas en estado de conservar la libertad que tanto amaban, se les vendió por sacar á lo ménos alguna ventaja de lo que ya no se podia evitar.

Ya se habia formado en Alemania en el Reynado de Federico II. una compañía de ciudades unidas para la seguridad de su comercio. Comenzó por las de Hamburgo y Lubec, á las quales se juntaron otras muchas en lo sucesivo. Se les llamó ciudades anseáticas de una voz alemana, que significa ciudad marítima. Se refiere al año de 1245 el origen de esta confederacion, hoy solo reducida á Brema, Danzick con Lubec y Hamburgo, á las quales debe su principio.

ARTICULO IV.

Ultimas cruzadas emprendidas para la conquista de la tierra santa.

Ya hemos visto que la quinta cruzada, destinada al socorro de los christianos de Siria y Palestina, se habia terminado con la conquista pasagera de Constantinopla. Pero en el ejército empleado en esta expedicion no estaban todos los que se habian cruzado por las exhortaciones patéticas de Fulques, cura de Neully, cerca de París, de quien el papa Inocencio III. echó mano en esta ocasion, como sus predecesores habian hecho con san Bernardo para una empresa semejante. Todos los que se habian embarcado en Marsella, y otros que habian partido de Génova y Venecia para pasar al Asia, formaban dos cuerpos numerosos. Se unieron con Aimerico Lusignan, rey de Jerusalem, para marchar contra los mahometanos. Pero dos plagas igualmente formidables arruinaron en poco tiempo aquellos numerosos enxambres de europeos, sin que hubiesen sido de algun provecho á los christianos que iban á socorrer, ni á la religion que querian vengar. Estas dos plagas fueron la peste y la discordia. Hizo la primera tanto

estrago en los cruzados, que pereció la mayor parte; la segunda aun mas funesta armó á los christianos unos contra otros, y los pocos que escaparon del fuego de aquella division, fueron fácilmente destruidos quando los musulmanes, baxo la conducta de Daher, sultan de Alepo, é hijo de Saladino, se avanzaron para acabar con estos infelices residuos.

El rey Aimerico de Lusíñan, mas conocido con el nombre de Amauricio II., murió mientras esto pasaba sin dexar hijos de Isabel, hija de Amauricio I.; pero esta princesa habia tenido una hija llamada María, de su segundo matrimonio con Conrado, marques de Monferrato, que era la única heredera del reyno de Jerusalem. Los señores no pudiendo concordar sobre elegirle esposo á quien comunicase esta princesa sus derechos, se convinieron en remitir la decision á Felipe, augusto rey de Francia. Entre todos los barones franceses que podian aspirar al honor de dar su mano á una princesa, cuyo dote se reducía á unos derechos que era preciso sostener con las armas, Juan de Brienna, conde de la Marca, fué preferido por el rey Felipe, como el mas capaz por su valor y prudencia de conservar á los latinos de Asia en las pocas posesiones que le quedaban.

No tardó el nuevo rey en transferirse al Asia para celebrar el matrimonio, y tomar posesion de sus estados. Era valeroso y experimentado, pero esto no era bastante; necesitaba ademas un buen ejército, á fin de atacar con alguna esperanza de buen éxito á los musulmanes, dueños de su capital, y las mejores plazas del pais.

Faltóle este recurso quando mas le era necesario, no pudiendo llevar consigo sino trescientos caballeros, y un pequeño cuerpo de cruzados, que el deseo de señalarse con las proezas habia determinado seguirle. Sin embargo de la debilidad de este socorro, no dexó de ganar algunas ventajas, y de tomar algunas fortalezas á los mahometanos. Sus divisiones y guerras intestinas le proporcionaron estas primeras victorias. Pero habiendo reconocido la debilidad de su enemigo, se reunieron para destruirle. Juan de Brienna se vió, pues, sitiado en Acre, plaza fuerte á la verdad, pero á cuyos muros y distrito se reducía entonces todo su reyno, y para mayor desgracia le abandonaron los pocos cruzados que le habian seguido. Des-

alentados estos por su poco número, y no pudiendo mantenerse contra los esfuerzos combinados de los ejércitos musulmanes, volvieron á embarcarse, y á pasar á Europa.

Tal era el estado de las cosas, y la extremidad en que se hallaba Juan de Brienna, quando Inocencio III. congregó el quarto concilio de Letran en 1215. En él se determinó que se harian los mayores esfuerzos para recuperar la santa Ciudad, y que todos los príncipes christianos contribuyesen con sus socorros para esta expedicion. Los obispos tuvieron orden de predicar la nueva cruzada en sus diócesis por sí mismos y por los hombres mas eloquentes, acordándose despues que una parte de las rentas eclesiásticas se aplicase á los gastos del armamento. A la voz de los pastores y de los predicadores zelosos que los auxiliaban, el entusiasmo se avivó por todas partes. Los soberanos, los prelados, los señores, los ciudadanos y las gentes del campo corrian en tropas á pedir la cruz. Toda la Europa se conmovió, y no se dudó que esta empresa mejor dirigida, y mas feliz que las otras, acabase totalmente con los sarracenos. Las imaginaciones estaban tan acaloradas, que innumerables enxambres de jóvenes de todas naciones se figuraron que Dios queria servirse de ellos para recobrar la santa Ciudad. Se juntaron con un zelo y resolucion de combatir á los musulmanes superior á su edad. Clérigos, sacerdotes y otras personas de edad mas provecta se pusieron á su frente. Marcharon gritando á una voz: *Jesus, dadnos vuestra santa Cruz*. Pero su suerte fué tan deplorable, como singular su ardor. Los que iban de Alemania, tomando diferentes caminos, murieron de miseria. Los de Francia llegaron parte á Marsella, pero fueron cruelmente engañados por dos malvados que se habian ofrecido á conducirlos gratuitamente á Palestina en sus navíos. Estos jóvenes desgraciados, contando sobre la buena fe de sus conductores, se embarcaron gustosos; pero fueron llevados á Egipto, y vendidos á los mismos sarracenos que querian expeler de los santos lugares.

El emperador Federico II. debia tomar el mando de los ejércitos cruzados. Ya hemos visto las razones que le obligaron á diferirlo, y las pocas ventajas que los christianos de Siria sacaron de su expedicion, por un efecto de la mala inteligencia que reynaba entre aquel príncipe y

los pontífices de Roma. Andres, rey de Hungría, se puso en su lugar. A su arribo los cruzados de diversas naciones, que se habian puesto baxo sus órdenes, se pusieron en marcha para ir sin dilacion al encuentro de los musulmanes, y aprovecharse del terror que les habian inspirado. Estaban mandados por el famoso Coradino, general diestro, que no viéndose en estado de sostener el choque del ejército christiano, se retiró á la otra parte del Jordan, á fin de que este rio le sirviese de antemural. No tuvieron por acertado el seguirle, pero se resolvió sitiar la fortaleza del Tabor. Era esta un castillo construido sobre el monte de este nombre, que dominaba todo el campo, é impedía se acercasen á Jerusalem. Para tomar aquel fuerte era preciso subir á la cumbre del monte, y arrojar las tropas que defendían la subida; empresa difícil y peligrosa. Pero los cruzados, animados del exemplo del rey de Jerusalem, y los señores que iban á su frente, vencieron todos los obstáculos. Habian ya llegado á lo alto del Tabor, y se preparaban á atacar la fortaleza quando percibieron un nuevo riesgo que ántes no habian imaginado. Acampado Coradino junto al Jordan, podia en poco tiempo acercarse al pie del monte, cercarlo por todas partes, interceptar los víveres á los christianos, y hacerles perecer sin desenvaynar la espada en un sitio en que no podian esperar socorro alguno. Era probable que el general sarraceno no dexase huir la ocasion de destruir á su enemigo: entendia demasiado la guerra para no aprovecharse de esta ocasion. Este pensamiento que Bohemundo, conde de Trípoli, de inteligencia, segun se dice, con los infieles, apoyó vigorosamente, inspiró el temor y desaliento en todos los corazones. Se apresuraron á levantar el campo, despues de lo qual el ejército, á quien las fatigas y enfermedades habian disminuido considerablemente, se separó en varios cuerpos demasiado débiles y mal disciplinados para emprender cosa de importancia, pasando á Europa uno tras de otro. Así vió el Asia la sexta vez hundirse y desaparecer á aquellos torrentes de christianos occidentales, que el entusiasmo y genio aventurero excitaba á pasar el mar para ganar gloria é indulgencias.

Se atribuye el mal éxito de esta cruzada á la tenacidad del legado, que sin experiencia ni capacidad en el

arte de la guerra, queria abrogarse el derecho de mandar las tropas, y arreglar á su arbitrio el plan de expediciones. La ciudad de Damietta, sobre un brazo del Nilo, conquistada por los cruzados despues de esfuerzos prodigiosos de valor y de constancia, la perdió en breve por su culpa. El sultan Meledino, hermano de Coradino, ofrecia por ella la verdadera cruz, la ciudad de Jerusalem, levantando sus muros, dando libertad á todos los cautivos christianos, y concluir una tregua de que pudiesen aprovecharse para restablecer el órden en las cosas del gobierno. El legado hizo desechar estas proposiciones que miraba como un artificio del príncipe musulman, á quien no suponía otra cosa que la de alejar los ejércitos christianos, á fin de entregarse despues con mas libertad á la execucion de sus siniestros designios. Este prelado imperioso llamado Pelagio, portugues de nacion, obispo de Albano y cardenal, llevó sus pretensiones hasta disputar al rey de Jerusalem la propiedad de Damietta, porque aquella ciudad decia que era conquista de un ejército reunido por órden del papa, quien se habia declarado su gefe. Esta disputa, y la altanería de Pelagio en toda su conducta, no podia dexar de tener las mas funestas consecuencias. En efecto, habiendo sus consejos arrastrado los señores cruzados hasta el proyecto de llegar al Cairo, capital del Egipto, para sitiarla, no se pensó mas que en los preparativos para esta grande empresa. Meledino, que temia siempre que el poder musulmano no cayese baxo el peso de estos ejércitos numerosos que la Europa no cesaba de enviar al Asia, reiteró las promesas pacíficas que habia ya hecho, añadiendo la proposicion de una tregua de treinta años. Nada era mas ventajoso; pero el legado se obstinó en su pensamiento. Meledino no pensó mas que en los medios de embarazar á los cruzados alucinados sobre sus verdaderos intereses, y recobrar á Damietta. Logró mas de lo que esperaba por la imprudencia de los generales, cuyos movimientos dirigia Pelagio. Llegaron á acampar en una llanura sobre el Nilo, á igual distancia del Cairo y de Damietta, de donde sacaban sus alimentos. Era esta la estacion de la anual inundacion del Nilo. Las aguas comenzaron á elevarse, y creciendo de dia en dia, inundaron en breve todo el campo. Las tropas que Meledino habia apostado entre el ejército

christiano y Damietta, cortaron la comunicacion al mismo tiempo. Oprimidos por el riesgo de ser sumergidos, y por la falta de víveres, se vieron los cruzados en la necesidad de pedir la paz al sultan; pero no pudieron obtenerla sino á costa de Damietta, y sin las ventajas que ántes habian rehusado tan injustamente.

El santo rey Luis IX., cuyo amor á la religion era tan tierno y generoso, parecia muy penetrado de la situacion deplorable de los christianos de Levante. No podia considerar sin dolor que despues de derramarse tanta sangre, los lugares santificados por los misterios de la redencion estuviesen aun en poder de los infieles. Habiendo este príncipe caido enfermo, hizo voto de pasar á la tierra santa, que necesitaba mas que nunca de socorro. Quando estuvo fuera de riesgo, procuraron persuadirle que su voto no le obligaba, atendiendo á haberlo hecho en un estado en que la violencia de la enfermedad no le permitia conocer toda la extension y todas las consecuencias de su empeño. Se le representó ademas, que la situacion de los negocios no permitia se ausentase del reyno. Pero solo respondió á estas representaciones renovando su voto. No obstante se pasaron dos años ántes que pudiese cumplirlo.

Habiéndose hecho todos los preparativos, partió Luis en el mes de Junio de 1248. Le acompañaban tres hermanos, y gran número de señores del mas alto nacimiento. La Reyna Margarita de Provenza su esposa, princesa digna por la solidez de su caracter y sus virtudes de estar unida al mayor rey de su siglo, quiso tambien seguirle. La travesía fué feliz, y el desembarco se efectuó á pesar de un ejército turco que estaba en órden de batalla en la ribera. En breve Damietta, defendida por las mejores tropas musulmanas, volvió á caer en poder de los cruzados que la habian conquistado dos veces. Principios tan favorables anunciaban una serie de triunfos, y se esperaba nada ménos que la total conquista del Egipto, á la qual se pensaba añadir fácilmente las de la Siria y Palestina, y todos los países de que los sectarios de Mahometo habian echado al christianismo. Dos victorias que el santo rey ganó á los infieles cerca de Massoura aumentaron estas esperanzas. Pero esta ciudad fué el término de sus prosperidades. El fuego Gregeois consumió

las máquinas de guerra; las enfermedades desolaron el ejército; las esquadras enemigas sorprendieron una parte de las tropas, y el vencedor fué reducido bien presto á pedir la paz al vencido.

El rey les ofreció restituir á Damietta, y suspender las hostilidades, con tal que el sultan cuidase de los enfermos que no se pudiesen transportar, y que no inquietase los christianos de Palestina. El príncipe musulmano desechó estas proposiciones, y á pesar del quebranto del ejército, ó en el que la falta de víveres y las enfermedades hacian horribles estragos, fué preciso resolverse á tentar la retirada á vista del enemigo. El santo rey se puso á la retaguardia para favorecer la marcha de sus tropas. Se hallaba enfermo, y tan débil, que apenas podia tenerse en pie. Los infieles que perseguian el ejército christiano con escaramuzas, lograron en fin el cercarle. San Luis quedó prisionero, y casi todos los que le acompañaban. Se calcula en veinte mil hombres el número de los que en este fatal encuentro cayeron en manos de los sarracenos. San Luis los rescató casi todos mediante una suma de ochocientas mil monedas que prometió pagar al sultan. Unos valuan esta suma en cien mil marcos de plata, y otros solamente en quatrocientas mil libras de la actual moneda.

Despues de estos infaustos sucesos, la Reyna Blanca de Castilla, que gobernaba el reyno en ausencia de su hijo, le exhortó á que se restituyese á Francia, en donde le llamaban las necesidades del estado. Pero él quiso pasar á Palestina para satisfacer su devocion visitando los santos lugares. Allí permaneció 4 años, que empleó, segun su carácter benéfico y generoso, en reparar las ciudades que quedaban á los christianos, y en rescatar los que los sarracenos habian cautivado en esta guerra y en las anteriores. Partió, en fin, pero resuelto á volver todavía y emprender otra expedicion en el momento que hubiese reparado las pérdidas que acababa de sufrir.

Esto no se verificó hasta el año de 1269, 13 años despues de su vuelta á Francia. Los reveses que habia experimentado en el Asia debian disgustarle para siempre de estas remotas guerras, que hasta entónces solo habian servido de despoblar y empobrecer la Europa. Pero esta vez no era la Palestina adonde san Luis dirigia sus pasos. Se ha pretendido que el rey de Tunez le habia comunicado

secretamente el designio que habia formado de abrazar la religion christiana, y que el ejército católico debía pasar al Africa para proporcionar á aquel príncipe la ocasion de cumplir sus piadosos deseos. Se dixo ademas que Carlos de Anjou, rey de Sicilia, habia empeñado á su hermano en llevar la guerra á aquellas partes, porque el rey de Tunez le rehusaba el tributo que pagaba á sus predecesores. Sea lo que fuere, Luis, seguido de un gran número de señores franceses, y de los príncipes, sus hijos, se transfirió á Aguas-Muertas, en donde debía embarcarse. El desembarco en las costas de Africa se hizo sin obstáculo. Luego que se executó, se apoderaron de un fuerte fabricado sobre las ruinas de la antigua Cartago, poniendo el campo sobre Tunez. Pero al cabo de algunas semanas, unas calenturas pestilentes, y una disenteria empezaron á destruir el ejército. Este mal hizo rápidos progresos; el mismo rey enfermó de él, y su muerte, que fué inmediata, llenó de consternacion todos los ánimos. La ciudad de Tunez que estaba bloqueada no podia sostenerse mucho tiempo. Pero la pérdida que acababan de tener los franceses desvaneció todo proyecto de conquista, y solo se pensó en alejarse de unas playas que la muerte del mayor rey que habia tenido la Francia hacia odiosas. Esta es la última cruzada de las que tuvieron por objeto combatir á los musulmanes, destruidores del culto de Jesu-christo en las regiones en que mas habia florecido durante muchos años, y quitarles las conquistas que habian hecho á los christianos con la fuerza y la violencia.

Si algunas de estas pias expediciones merecian la bendicion del cielo, eran sin duda las que san Luis habia dirigido. Este príncipe solo las emprendió con designios puros, y de desinterés. Por otra parte sus virtudes tenian algo que de tal modo movia, que los mismos infieles lo experimentaron. Cuentan los historiadores de su tiempo, que el viejo de la montaña, príncipe de los asasinios ó batenios, habiendo oido hablar de su proyecto de pasar al Asia con un poderoso ejército, envió dos vasallos suyos para asesinarle; pero que despues, sabiendo que era el monarca mas justo y religioso que habia en el mundo, le hizo advertir el riesgo que le amenazaba. Los mismos historiadores añaden que en efecto los dos asasinios fueron arrestados en Marsella, desde donde pensaban pasar á Francia para exe-

cutar su infame designio, y que san Luis los restituyó á su soberano cargados de dones. Esta conducta generosa de un bárbaro que hacia temblar á los soberanos del Asia en medio de su corte, da á conocer quán léjos se extendia la fama de este santo, y quánto se respetaba su persona.

ARTICULO V.

Reflexiones sobre las cruzadas, su influencia en los diferentes estados de la Europa, tanto con respecto á lo político, como á lo moral.

No faltaban los christianos de Europa á la justicia que debe regir á las naciones igualmente que á los particulares, armándose contra los sarracenos, que habian despojado á los emperadores de Oriente de sus mejores provincias, y corriendo en tropas de todas las regiones del Occidente á quitar á inhumanos conquistadores la ciudad de Jerusalem, cuna del christianismo, de la qual se habian apoderado con el hierro y la carnicería? ¿Los soberanos no salian de las reglas de la buena política, permitiendo aquellos armamentos de que no habia exemplo; aquellas emigraciones que duraron casi dos siglos, poniéndose ellos mismos al frente de aquellas expediciones lejanas, de que verosíblemente no debian recoger otro fruto que la despoblacion y empobrecimiento de sus estados? ¿Los papas, como cabezas de la religion, ministros de la paz, debian acaso excitar á los fieles á aquellas empresas sanguinarias, conducirlos con sus exhortaciones, y derramar sobre ellos los tesoros espirituales, para excitarlos con un pretexto de piedad á transferir la guerra al Asia?

Estas quèstiones ya se han propuesto desde algun tiempo por escritores franceses y otros autores, y entre el número de los que emprendieron resolverlas, hay pocos que hayan considerado quáles eran los tiempos, las circunstancias, las preocupaciones dominantes, y el espíritu del siglo en que nacieron las cruzadas. La mayor parte solo han consultado sus opiniones particulares, ó las ideas modernas, y solo han sacado sus respuestas de unas máximas incógnitas de los hombres, y siglos que han emprendido juzgar. Este proceder en una discusion, cuyo objeto es someter lo que se pasó en un tiempo de ignorancia y de